



Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Vicerrectorado de Investigación y Postgrado
Instituto Pedagógico “Rafael Alberto Escobar Lara”
Subdirección de Investigación y Postgrado

EL CUERPO SOCIAL DE LA VIOLENCIA: UNA REFLEXIÓN DESDE LAS REPRESENTACIONES SOBRE EL CARACAZO

Autora: Ivonne De Freitas Gouveía

ivonnedefreitas0@gmail.com

Universidad Simón Bolívar (USB)

Caracas – Venezuela

PP. 88-112





EL CUERPO SOCIAL DE LA VIOLENCIA: UNA REFLEXIÓN DESDE LAS REPRESENTACIONES SOBRE EL CARACAZO

Ivonne De Freitas Gouveia

ivonedefreitas0@gmail.com

Universidad Simón Bolívar (USB)

Caracas – Venezuela

Recibido: 20/01/2016

Aceptado: 27/05/2016

RESUMEN

En el siguiente trabajo se intenta explorar cómo en el imaginario venezolano se representa el acontecimiento histórico del 27 de febrero, conocido como El Caracazo. La investigación pretende establecer relaciones entre El Caracazo y el aumento de la violencia en los últimos años en Venezuela. En principio se aclara la complejidad del término “violencia” y las distintas tipologías que son importantes dentro de este trabajo y, en segundo lugar, se hace una breve exploración de algunas de las obras narrativas que buscan representar el “sacudón social” de 1989. Al tiempo que la violencia se constituye en una marca histórica de la nación, se utiliza como estrategia política en contra o en favor del poder establecido. Por lo tanto, su asimilación discursiva depende de la perspectiva ideológica desde donde se mire.

Palabras claves: Violencia, El Caracazo, Venezuela, violencia social.

THE SOCIAL BODY OF VIOLENCE A REFLECTION FROM THE REPRESENTATIONS OF THE CARACAZO

ABSTRACT

The following paper attempts to explore how the imaginary Venezuelan represents the historical event of february 27, known as The Caracazo. The investigation tries to established relations between The Caracazo and the growth of violence in the last years in Venezuela. In principle clarifies the complexity of the term “violence” and the different typologies that are important in this paper, and in second place, a brave exploration about some of the narratives works that seek to represent the “social jolt” of 1989. At the time that violence is a historical mark of the nation, it is used as a political strategy against or in favor of the established power. Therefore, its discursive assimilation depends on the ideological perspective from where you look.

Key words: Violence, The Caracazo, Venezuela, literature, social violence.





...pero de la violencia, de la verdadera violencia, no se puede escapar, al menos no nosotros, los nacidos en Latinoamérica...

Roberto Bolaño. "El ojo silva".

La violencia para los latinoamericanos dejó de ser un problema transitorio y se convirtió en un fenómeno social de urgencia, como la pobreza o el hambre¹. Fernando Carrión, especialista en seguridad ciudadana, señala: "a los problemas de transporte, de servicios, de medio ambiente, de pobreza, de equipamientos, de vivienda, de gobernabilidad urbana, etc., se debe incorporar el de las violencias (sic)" (2002:23). La violencia, desde este punto de vista, se vuelve uno de los principios gestores desde donde se puede narrar la nación, pensar la identidad latinoamericana y explorar las nuevas subjetividades que emergen a partir de su escenificación en toda la vida nacional. Como señala la socióloga Alejandrina Silva "la violencia estructural en el mundo actual nos obliga a vivir una «cultura de la violencia»" (2006:664): aumento del gasto en seguridad personal y colectiva, una nueva arquitectura destinada al resguardo seguro de los habitantes, modificación de los horarios de recreación y entretenimiento, abandono de los espacios públicos, instauración del miedo y la sospecha en el otro como potencial victimario o delincuente, instalación progresiva de una "sociedad de control y vigilancia", son algunos de los rasgos que hoy definen la cultura de la violencia en Latinoamérica, y de manera particular, en Venezuela.

Múltiples artefactos culturales han buscado representar la violencia en sus distintas tipologías; innumerables películas, programas de televisión, obras plásticas y literarias, canciones, videoclips, fotografías, folletines y esculturas dan cuenta del impacto que tiene la violencia en la dinámica social contemporánea. De allí entonces, que la violencia, como tema literario, haya sido explorada de manera recurrente en los escritores latinoamericanos y sea, al mismo tiempo, un recurso válido para analizar los imaginarios

¹ El *Ranking de la violencia en América Latina* publicado en el 2005, da cuenta del incremento considerable de la violencia en los países latinoamericanos y del caribe: "dentro del primer grupo de países que han sufrido un incremento de **la tasa de homicidios dolosos por encima del 200%** se encuentran Colombia, Paraguay y Venezuela. El segundo grupo –integrado por la Argentina, Ecuador, Perú, Uruguay– es el de aquellos países cuya tasa de homicidios dolosos creció en este período **por encima del 100% pero sin superar el 200%**. En tercer lugar están los países que en los homicidios dolosos crecieron pero **sin superar la barrera del 100%** como Brasil y México; y, por último, el caso de Chile que es el único que registró una disminución de los homicidios dolosos entre los últimos años de la década del 70' primeros años de la década del 80' y principios de siglo" (Romano *et al*, 2005:4-5; las negritas son del autor).





que desde la producción literaria se han construido. Para el escritor argentino Ariel Dorfman (1997):

Decir que la violencia es el problema fundamental de América y del mundo es sólo constatar un hecho. Que la novela hispanoamericana refleja esa preocupación se advierte en cada página escrita en nuestro continente, esas páginas que son como la piel de nuestros pueblos, los testigos de una condición siempre presente. Lo esencial, entonces, no es comprobar el indiscutible peso de la temática de la violencia en nuestra realidad factual y literaria, sino desentrañar las formas específicas, múltiples, contradictorias, y profundamente humanas, que esa temática presenta; mostrar cómo la violencia ha creado una cosmovisión que no se encuentra en ningún otro lugar; cómo el hombre americano ha enfrentado el problema de su muerte y su libertad, y cómo, derrotado o vencedor, ha sabido buscar en la violencia su ser más íntimo, su vínculo ambiguo o inmediato con los demás. En último término, nuestra búsqueda se construye sobre la esperanza de poder comprender, a través de los ojos que nos prestan los narradores de este siglo, exactamente –aunque no hay exactitud que valga– qué es América (387).

Desde el análisis que hace Dorfman, narrar la violencia es también un modo de contar la historia de América Latina como continente ligado inexorablemente a “las luchas y sufrimientos de sus habitantes” (*Ibid.*). Lo social permea el quehacer literario de los escritores quienes no han quedado indiferentes ante la realidad que la violencia muestra. En ese mundo ficcional que construyen, los “novelistas buscan –dice Dorfman– las diferentes caras que el hombre americano se ha ido poniendo en su desesperada lucha con la muerte, en intento por salir de esta violencia que nuestro destino sea cual sea la forma que tome” (393-394). Así, la literatura recrea un círculo vicioso entre sus personajes y las adversidades que éstos deben enfrentar para seguir viviendo. En novelas como *Cien años de soledad*, *Sobre héroes y tumbas*, *El túnel*, *Las lanzas coloradas*, *La ciudad y los perros*, *El astillero*, *Pedro Páramo*; Dorfman, encuentra una representación de cómo la violencia condiciona la vida de sus personajes y, al mismo tiempo, los habilita a rebelarse contra el mundo hostil en que les ha tocado vivir:

El personaje latinoamericano está condenado a la violencia, pero al mismo tiempo importa esa entrega *personal*, esa visión desde dentro, como si al comprender un poco esa decisión, ese destino individual, se estuviera clarificando el problema mismo, superando la violencia parcialmente al desentrañar el temblor vivo de algún ser americano, cuya ficción es de carne y hueso (410).





En estas palabras Dorfman apuntala la intención que, según su visión, tendría la narrativa de la violencia: comprender los complejos abismos de la violencia en Latinoamérica como una manera de exorcizar los fantasmas que ella crea en sus habitantes. En este sentido, plantear el problema de la violencia a través de la ficción, implica la voluntad de tomar conciencia sobre ella como primer y necesario paso para su resolución.

Complejidad del término violencia

El fenómeno de la violencia puede ser abordado desde la sociología, el derecho, la criminología, la filosofía, la antropología, la ética, la psiquiatría, la psicología, la estética, la literatura y, en general, desde cualquier disciplina de las Ciencias Sociales. Esta cualidad, por un lado, significa que, cualquier problema particular y/o universal, afecta todas las dimensiones del ser humano y, por el otro, que como fenómeno complejo y multidimensional, permite comprenderlo “en sus relaciones dialógicas” (Bajtín, 2005:318). El carácter dialógico que se le otorga al tema de la violencia, abre las posibilidades de explorarlo desde sus relaciones de sentido, es decir, articulándolo constantemente con diversas disciplinas y enfoques. Por lo tanto, se establece un contrapunteo entre la literatura y los discursos socioculturales que le dan soporte científico al fenómeno de la violencia en Latinoamérica.

Por otra parte, la omnipresencia del término en todos los campos de reflexión humana nos coloca ocasionalmente también frente a cierta ambigüedad de su significado, e incluso desgaste. Se habla de violencia familiar, social, política, de género, urbana, física, biológica, moral, psicológica, etc. La extensión de su uso a cualquier situación de agresión, exaltación de la conducta o exceso en el comportamiento humano, pareciera restarle fuerza semántica, convertirlo en un lugar común². La criminóloga Rosa del Olmo expresa la vaguedad del término a partir de las palabras del sociólogo francés Jean Claude Chesnais: “el término violencia ha terminado por designar cualquier cosa: desde el intercambio agresivo de palabras al homicidio crapuloso, pasando por el cheque sin

² El filósofo social Thomas Platt (1992) señala que “a medida que el término se hace más extenso, su intensidad disminuye... De modo análogo, a medida que el término ‘violencia’ se aplica a una gama cada vez más amplia, el juicio ético ‘la violencia es moralmente condenable’ va perdiendo su contenido informativo, y la norma moral ‘abstenerse de la violencia’ resulta aún menos clara para quien busca una pauta de conducta” (176). Esta idea podría explicar, por un lado, cómo la violencia en los países latinoamericanos ha desbordado todos los controles sociales y, por el otro, el crimen y el delito se exacerba en sumo grado para captar la atención de la opinión pública o hacerse visibles ante los medios de comunicación, por ejemplo, desmembrando a sus víctimas como ha pasado recientemente en Venezuela.





fondos. Es un término vago (comodín) abierto a todos los abusos lingüísticos que poco a poco se ha despojado de su sentido original, a saber, el abuso de la fuerza” (2000:3). “Poder” y “fuerza”, según el filósofo francés Étienne Balibar (2005), son las categorías clásicas utilizadas para definir la violencia. Sin embargo, hoy con el vocablo “violencia” no sólo se designa “el uso o amenaza de uso de la fuerza física para dañar a otros o a uno mismo” (Briceño-León, 2012:29), sino también múltiples comportamientos humanos, actitudes y realidades³.

Sin embargo, frente a la posibilidad del vaciamiento de sentido de un término que se ha hecho cada vez más consustancial a la identidad del sujeto contemporáneo, la categoría política que Rosa del Olmos señala para todos los usos del término, puede entenderse como brújula interpretativa: “La violencia es un término ambiguo cuyo significado es establecido a través de procesos políticos. Los tipos de hechos que se clasifican varían de acuerdo a quién suministra la definición y quién tiene mayores recursos para difundir y hacer que se aplique su decisión” (*Ibid.*). Por lo tanto, para del Olmo, el “concepto violencia” es un “concepto político”. Se puede afirmar, más bien, que el discurso político permea la naturaleza de lo que en un momento histórico o una determinada época se define como violencia. Así, por ejemplo, la violencia social o urbana es visible para un sector político que la enarbola como bandera en contra de un régimen gubernamental. Por otro lado, para ese mismo régimen es posible que tal situación de violencia no exista o no tenga el mismo grado de importancia que le conceden quienes le adversan. Más allá, de esta mirada política, la idea permite comprender que “en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault, 1970:11). Cada enunciado o discurso responde a una intención política, es decir, en sentido foucaultiano, a una “voluntad de poder”.

³ Para Fernando Carrión: “La violencia no sólo ha crecido sino que también se ha diversificado. De un tiempo a esta parte, han aparecido violencias antes desconocidas, inéditas manifestaciones de las antiguas y un incremento notable de todas ellas. Allí tenemos las denominadas pandillas juveniles en casi todas nuestras ciudades, el narcotráfico y sus secuelas, *los ‘caracazos’ con sus distintas versiones*, así como también su desarrollo tecnológico y la nueva organización del delito. Los nuevos tipos de violencias han llevado al nacimiento de nuevos actores o a la transformación de los anteriores. A manera de ilustración, se puede señalar el aparecimiento en Colombia del sicariato o de las milicias populares urbanas; en El Salvador de los ‘maras’; y en Brasil del ‘jogo do bicho’” (op.cit.:37; énfasis mío)





Lo político, lo histórico, lo social, lo testimonial, lo policial o criminal son sin duda algunos de los discursos desde donde se articulan las nuevas representaciones sobre la violencia en Venezuela. De este modo, los relatos sobre la violencia, se constituye en una “comunicación dialógica”, intertextual, abierta a múltiples sentidos⁴. La palabra “violencia” entonces trae consigo toda una carga histórica, política, social y cultural que si bien, según del Olmo, la hace ambigua, lejos de empobrecer su sentido, lo enriquece porque permite pensarla en relación con otras unidades de significado. Como reitera Bajtín: “Cada enunciado está lleno de ecos y reflejos de otros enunciados con los cuales se relaciona por la comunidad de esfera de la comunicación discursiva” (o.p.cit.:281). Con el término “violencia” entran en juego dialógico una multiplicidad de enunciados y textos que permean constantemente las esferas de los “géneros discursivos” sobre la violencia. Como fenómeno complejo, la violencia, requiere de múltiples acercamientos. Su complejidad va más allá del simple análisis sociocriminológico. Quizás por ello, el tema ha sido motivo de reflexión para filósofos como Walter Benjamin, Slavoj Žižek, Giorgio Agamben, Michel Foucault, Roberto Esposito, Roland Barthes, Jacques Derrida, entre otros. Al respecto, el investigador mexicano Adolfo Sánchez, en *El mundo de la violencia* señala la importancia que ha tenido el tema de la violencia en el pensamiento contemporáneo:

Ciertamente, las reflexiones sobre la violencia no son nuevas ni escasas, ya que una y otra vez afloran, a lo largo de la historia de las ideas sobre la naturaleza del hombre, sobre las vías del acontecer y del cambio histórico y, en general, sobre el comportamiento moral, político y social de los hombres y ello no sólo en las circunstancias excepcionales de las guerras y revoluciones, sino también en su intrahistoria –de acuerdo con la expresión de Unamuno– y en su vida cotidiana. Y, sin embargo, esas reflexiones no se han dado con la frecuencia ni con la atención especial que exigirían la magnitud, la extensión y la persistencia de las relaciones violentas entre los hombres (1998:9).

La violencia, es un tema que está estrechamente vinculado a la historia del hombre. Su importancia dentro de las Ciencias Sociales y los Estudios Culturales latinoamericanos radica en que sigue siendo un factor válido para pensar las circunstancias sociales, históricas, políticas, económicas y culturales que condicionan la vida del hombre en la

⁴ De la importancia que tiene la intertextualidad en la novela moderna Graciela Montaldo señala: “La intertextualidad es la condición de la literatura moderna que se ha visto sumergida en el discurso de los otros, que ha salido –a través de la autonomía– del recinto de las ‘bellas letras’ y ha comenzado a fluir en la historia, en la pluralidad y el conjunto de los discursos sociales” (2001:64). Así, no se trata de suplir un “género discursivo” por otro, sino comprender cómo se nutre uno con otro en un mismo espacio de enunciación. Cada palabra, entonces, está “cargada de su historia”, portadora del sentido pasado y “preñada” de las circunstancias del presente.





contemporaneidad. De fondo subyace la idea de que la violencia constituye una especie de espejo social donde se puede mirar una cultura determinada. En este sentido, puede pensarse más bien como un síntoma de la (des)composición social que experimenta el hombre moderno en las grandes ciudades o producto de los ideales de hiperconsumo a los que incita el mundo globalizado regido por la leyes del mercado⁵.

Aunque de manera general algunos autores no hacen mayor distinción entre la violencia social y la urbana, pues consideran que la violencia urbana, así como la rural, conforman la violencia social⁶, sin embargo, para los efectos discursivos de este trabajo, centrado en el análisis del abordaje narrativo de El Caracazo, se asumirá la definición que ofrece el politólogo mexicano Octavio Rodríguez (1998):

La violencia social, como la quiero entender aquí, es resultado de un proceso que se inicia con la inconformidad de clases o fracciones de clase ante lo establecido, pasa por alguna forma de organización defensiva y, finalmente, como último recurso, se revela de manera violenta como respuesta a la coacción que ejerce sobre sectores significativos de la sociedad el poder político y el económico. Esto es, la violencia social es obligada (como violencia) y es producto de la praxis social hacia metas emancipadoras cuando el poder, por la vía de las instituciones existentes, no permite otras opciones. Se trata, por lo mismo, de una violencia que se da al margen del Estado y de las clases o fracciones de clase en él representadas, puesto que los intereses en ambos campos son, por lo general, distintos cuando no opuestos (94; las cursivas son del autor).

A partir de esta interpretación de la violencia social, Rodríguez desprende dos hipótesis importantes:

⁵ Para Gilles Lipovetsky el hiperconsumo guarda estrecha relación con el hiperindividualismo que impone las leyes del mercado de la globalización mundial. Señala el filósofo francés: “El mundo hipermoderno está desorientado, inseguro, desestabilizado, no de manera ocasional, sino cotidianamente, de forma estructural y crónica” (2010:19).

⁶ Morrison, Buvinic y Shifter, por ejemplo, señalan: “La violencia social se puede categorizar de acuerdo con su localización geográfica (urbana o rural), el motivo (político, económico, uso social de drogas, o aleatorio), su agente (jóvenes, pandillas, policía o muchedumbres) o el código legal existente (violencia criminal o no criminal)” (2005:124). Para estos investigadores la violencia social subsume a casi todas los tipos de violencia, a excepción de la violencia doméstica que ocurre en el “espacio íntimo del hogar”, mientras que la social ocurre en “las calles o lugares públicos”.





Primera: la violencia social es, en primera instancia, resultado de la violencia ejercida por las clases dominantes en o cobijadas por el poder. [...] Segunda hipótesis: la violencia social nunca es generalizada (de toda la sociedad), pero tampoco es la que llevan a cabo grupos de vanguardia sin apoyos significativos y relativamente permanentes de sectores, capas o clases sociales (Ibid.)

A lo que apuntaría las hipótesis de Rodríguez es a asociar la violencia social con las bandas delictivas en Latinoamérica, el surgimiento de los carteles de la droga o con las rebeliones y “subversiones de los pueblos”⁷. En este sentido, otorga a la violencia social un carácter hasta cierto punto natural por cuanto se comprende como una reacción del “pueblo” de defensa frente a las clases dominantes o hegemónicas. Como sugieren Buvinic, Morrison y Shifter: “En el caso de la violencia social, la pobreza puede impulsar la violencia, especialmente cuando se asocia con una pronunciada desigualdad de ingresos, una alta tasa de desempleo y un nivel bajo de educación entre los jóvenes (2002:81). La violencia social, en este punto, queda encerrada en el círculo vicioso de la pobreza, porque, por un lado, para estos mismos autores la violencia en Latinoamérica, en buena medida, es fruto de las profundas desigualdades sociales de sus habitantes y, por el otro, esas mismas diferencias engendran más violencia.

La violencia urbana, para Carlos Monsiváis, alude a “los conflictos, las tragedias, las situaciones crónicas, las repercusiones en la conducta propiciadas por el estallido perpetuo –económico, social y demográfico– de las ciudades, y la imposibilidad de un control fundado en la aplicación estricta de la ley” (1998:275). Se comprende que el lugar concreto de la violencia urbana es la ciudad. Las ciudades han terminado por convertirse en un espacio de terror y miedo, de amenaza y zozobra, de violencia y muerte. La mayoría de las muertes que se reportan en las ciudades latinoamericanas, según el sociólogo venezolano Roberto Briceño-León (2007) “ocurren en las ciudades y son producto de la violencia interpersonal, no de guerras ni de conflictos armados, son violencia cotidiana, es encontrarse con la muerte en la esquina de la casa” (542). Aunque también en las zonas rurales hay violencia es, sobre todo en las grandes ciudades donde la violencia se enquist

⁷ Dentro de las muchas definiciones que se han dado en los “estudios subalternos”, se puede asumir la de John Beverley: “el subalterno es una ‘identidad’ y, si es que hemos aprendido algo del ‘largo siglo XX’ es que esa identidad está relacionada inexorablemente con la división, la agresión y el mal” (2004:51). En sentido positivo ese “mal” está relacionado con la “resistencia” del pueblo a los proyectos hegemónicos de dominación y opresión. Las rebeliones y revoluciones campesinas u obreras son, según los subalternistas (Spivak, Bhabha, Guha), ejemplos de esas resistencias.





y distribuye. De hecho, los índices de criminalidad y delincuencia común se dan a partir de los registros de homicidios y delitos que se escenifican en la ciudad. El crimen se ha vuelto parte de la cotidianidad latinoamericana, sobre todo, en algunos países de la región donde mueren más de cien personas cada semana⁸. Como muy bien apunta Beatriz Sarlo: “La crónica roja se ha convertido en crónica cotidiana desbordando los límites del género y ubicándose en los lugares periodísticos de la información general” (2010:64). Estas escenas arman un cuadro grotesco de la realidad latinoamericana. Ellas, al mismo tiempo, constituyen un importante campo de investigación por las múltiples representaciones de ciudadanía, identidad, nación, sujeto, colectividad, memoria, etc. que allí se escenifican.

Monsiváis, establece un listado de aspectos que ilustran la extensión de la violencia urbana sobre el panorama diario en nuestras sociedades: representaciones de la violencia en los medios de comunicación social; la descomposición social y moral de los cuerpos policiales, jurídicos y estatales; las agresiones familiares; la impunidad y la corrupción, etc. Estos factores, si bien no son los únicos como aclara Monsiváis, son los ingredientes principales para el “caldo de cultivo” de la violencia urbana. A ellos se suman los conflictos familiares, la pobreza, las deficiencias en las infraestructuras, el estrés de la vida contemporánea, etc. “El paisaje de la violencia urbana” año tras año se configura con estos y otros elementos propios de la megalópolis moderna que, como señala Monsiváis, “es ya sinónimo de violencia” (*Ibid.*:278)⁹.

⁸ Según el *Estudio Mundial sobre el Homicidio* de 2012, de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, en el mundo se cometieron 437.000 homicidios dolosos en el año 2012. Mueren en el planeta más personas por homicidios que por conflictos bélicos. De allí, que la Organización de Naciones Unidas y la Organización Mundial de la Salud considera la criminalidad como una epidemia que acaba progresivamente con más de medio millón de seres humanos en el mundo. De los estudios que se han hecho, América Latina concentra el 36% de los asesinatos a escala mundial, es decir, unos 157.320 muertos cada año que ocurren, sobre todo, en Centro y Suramérica (131.100 homicidios). El mismo informe de la ONU sostiene que los cinco países con mayor índice de homicidios en Latinoamérica son, en primer lugar, Honduras (90,4 por cada 100.000 habitantes; en segundo lugar, Venezuela con una tasa de 53,7 por cada 100.000 habitantes; Belice, en tercer lugar, con una promedio de 44,7 por cada 100.000 habitantes; en cuarto lugar está El Salvador con una tasa de 41,2 por cada 100.000 habitantes; y en el quinto lugar, está Guatemala con una tasa de 39,9 homicidios por cada 100.000 habitantes. “El aumento de la violencia homicida en América Latina ha llevado a los distintos actores de la sociedad a preguntarse con insistencia las razones de tan inusitado incremento: ¿Por qué tanta saña, por qué tantas víctimas inocentes?” (Briceño-León *et al*, 2012:25). Los medios de comunicación social, diariamente reportan los miles de asesinatos que ocurren en el continente.

⁹ Un número importante de investigadores latinoamericanos (Carrión, Briceño-León, Frühlin, Chinchilla, Morrison, Camardiel, Buvinic, Shifter) consideran que los altos índices de violencia en una región guardan relación directa, más que con la pobreza, con la desigualdad social de sus habitantes. Sin embargo, el fenómeno de la violencia en Latinoamérica es muy complejo, polifacético y multicausal. Si bien la desigualdad social incide de manera importante en el crecimiento de los homicidios en la mayoría de los países latinoamericanos, no siempre ésta es la causa fundamental: “Las estadísticas sobre desigualdad en el



En su ya reconocido libro sobre la violencia en Latinoamérica, *Ciudadanías del miedo* (2000), Susana Rotker explica que: “Una manera de contar el miedo ante la violencia social es acercarse al espacio de las ciudades y tratar de leerlo como un texto; un texto con omisiones, repeticiones y personajes, con diálogos, suspensos y sus puntos y comas, un texto escrito por los cuerpos de los habitantes...” (7). Según esta idea de Rotker, las cifras son parte de los enunciados que construyen el relato de miedo y de la violencia urbana. Las cifras van configurando los imaginarios sobre la ciudad. Cada homicidio, secuestro, violación o delito, es una imagen que retrata la realidad (y ficción) de la gran ciudad.

Para Susana Rotker el 27 de febrero de 1989 se hizo realidad el temor, que siempre habían tenido “las clases acomodadas”, de que un día los pobres de los cerros caraqueños bajarían a tomar la ciudad. Tres aspectos importantes subraya la investigadora venezolana: primero, el protagonismo de los “marginales” en los sucesos del 27 de febrero; ese día la geografía social que distribuye a unos en los márgenes y a otros en el centro se quebrantó; los sujetos subalternos traspasaron la periferia espacial a la que la organización social les relegaba. Una poblada se alzó contra las medidas gubernamentales, el caos se apoderó de las avenidas caraqueñas y cuando la fuerza militar del Estado se impuso, la muerte colmó las morgues de la ciudad.

Segundo, la función que tuvo el cronista en la comprensión generalizada de la violencia social que se impuso como forma política de descontento debido a las medidas tomadas por el gobierno del entonces presidente Carlos Andrés Pérez. La importancia de las crónicas sobre El Caracazo, radica en que género híbrido, otorga al relato periodístico un marco literario. Así el problema social de la violencia pasa por el tamiz de la creación literaria, convirtiéndose en ficción. Señala Rotker:

La mirada de los cronistas de 1989, aunque desconcertada, habla desde la posición de un “nosotros” intermedio: los que escriben no se cuentan entre

ingreso –señalan Morrison, Buvinic y Shifter– son insuficientes para formular conclusiones definitivas... Tal como podría esperarse, varios países han visto un aumento en la desigualdad unida a un incremento en la violencia; pero en otros (Brasil y Venezuela), la reducción en la desigualdad ha ido acompañada por un aumento de la violencia, mientras que algunos han presentado un descenso en la violencia un ascenso de la desigualdad de manera simultánea (Costa Rica y México) (2005:130). El caso de Venezuela llama poderosamente la atención, porque a pensar del reconocimiento internacional de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), en 2013, de haber logrado reducir la brecha de desigualdad social, la desnutrición y el hambre, paradójicamente, la criminalidad por armas de fuego se elevó considerablemente. De modo, que no es sólo la desigualdad social la que genera violencia.





los sublevados, pero su mirada, aunque en el fondo les teme, les encuentra una cierta justificación política. Los relatos parten de una mirada plural y fragmentada que acaso inaugure el modo de contar una década (2000:219).

Los cronistas, por un lado, “como *flanneurs*” deambulan en la gran ciudad para contar las historias mínimas que el “pueblo” les permite entrever dentro de la violencia que experimentan; por el otro, se hacen parte en la escritura de ese mismo pueblo en un “nosotros” solidario con los padecimientos que sufren los pobres de Venezuela. El Caracazo, no sólo, hace que convulsionen los estamentos políticos y sociales de la nación, sino que también agencia una nueva manera de hacer literatura venezolana de la violencia, al abrir las posibilidades de una narrativa cuya temática principal versará sobre las representaciones de los sujetos marginales, del barrio o de la violencia urbana como residuos sintomáticos del estallido social de febrero de 1989.

El tercer aspecto importante, que se puede destacar en el trabajo de Susana Rotker, es la idea de cómo el miedo quedó grabado en los venezolanos como una marca latente que amenaza siempre toda posibilidad de vida y convivencia ciudadana. Aunque la violencia, como se ha señalado anteriormente, ha estado presente en toda la historia venezolana, el terror y muerte que produjeron las balas del 27 de febrero, convirtió el espacio ciudadano en un “estado de excepción”¹⁰ donde la sospecha imperaba y el miedo al otro impedía cualquier proyecto de convivencia plena.

Es importante destacar que antes de El Caracazo, en la literatura de la violencia venezolana, no hay ninguna representación de estallidos sociales similares a los acontecimientos del 27 de febrero de 1989. Las revueltas populares más significativas ocurrieron, según la visión de Orlando Araujo, en 1936 tras la muerte de Juan Vicente Gómez y la caída de Marcos Pérez Jiménez en 1958. Ambas manifestaciones populares no alcanzaron la magnitud social de El Caracazo y fueron rápidamente apaciguadas por los pactos entre militares y civiles.

¹⁰ En líneas generales, puede comprenderse el “estado de excepción” como la suspensión (temporal) del derecho jurídico de los ciudadanos. Sin embargo, para Giorgio Agamben, el “estado de excepción” constituye una práctica política que crea un “umbral, o una zona de indiferenciación, en que dentro y fuera no se excluyen, sino que se indeterminan. La suspensión de la norma no significa su abolición y la zona de anomia que instaura no está (o, por lo menos, pretende no estar) exenta de relación con el orden jurídico” (2010:39). Es decir, que aunque el derecho de vida de los ciudadanos queda suspendido, excluido, el gobierno a través del “estado de excepción” incluye, impone, una ley que decide sobre la vida y la muerte de los demás.





Los principales analistas de El Caracazo (Vázquez, Varnagy, Koeneké, Herrera, Martínez, Rivero, Giusti, etc.) coinciden en considerar que fue un estallido social producto de las condiciones de pobreza extrema en que vivía la mayoría de los venezolanos. Por ejemplo, para el profesor José Honorio Martínez de la Universidad Autónoma de México, tal acontecimiento tiene dos interpretaciones: “como un gran «motín de hambre» y como el resultado de la crisis de la urbe latinoamericana en los marcos del capitalismo dependiente” (2008:85). Este último aspecto se refiere a la imposición de medidas económicas por el Fondo Monetario Internacional para paliar la crisis financiera con la que se encontraba el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Sin embargo, más allá de los agentes causales de El Caracazo, Rotker subraya cómo a partir del estallido social, se produce en Venezuela una serie de transformaciones a nivel social, político, económico y cultural. “Caracas –afirma Rotker– es hoy una capital surcada por la inseguridad, en la que no se han cicatrizado las heridas abiertas del 27 de febrero de 1989, cuando los pobres bajaron de los cerros para asaltar supermercados y comercios, con un saldo de centenares de muertos” (1993:121). Así, la violencia urbana actual encuentra un soporte en el estado de anomia social que se escenificó durante los días del sacudón. Es decir, Rotker introduce la posibilidad de pensar El Caracazo como máxima expresión, para ese momento, de la violencia social acumulada y que finalmente hace explosión el 27 de febrero. Esto se hace evidente a partir de la reflexión sobre la violencia en las crónicas, publicadas y recogidas en *El día que bajaron de los cerros* (1989).

En relación al campo político, la socióloga Paula Vázquez Lezama, señala lo siguiente: “El Caracazo de 1989 no se convirtió solamente en una fecha de conmemoración sino un episodio en el cual el sentido histórico, tanto del saqueo como de la represión, constituye, en cierta forma, la justificación del cambio revolucionario ocurrido en Venezuela, con el triunfo del comandante Hugo Chávez en diciembre de 1998 (2012:5). Quizás uno de los motivos de por qué El Caracazo se instaura –desde el discurso oficial– como referente sacralizado, cubierto de un áurea heroica (cuando para buena parte de los ciudadanos fue una expresión de destrucción y muerte), sea porque el gobierno, del hoy fallecido Hugo Chávez Frías, lo ha utilizado como justificación política de su alzamiento e intento de golpe contra Carlos Andrés Pérez y génesis de la Revolución Bolivariana. No sólo el presidente Chávez ligó el intento de golpe contra Carlos Andrés Pérez con los sucesos del 27 y 28 de febrero, sino varios personeros gubernamentales que siguen profesando el 27f como movimiento impulsor del 4f. Dice Roberto Malaver: “Los días 27 y 28 de febrero de 1989





marcaron la historia del 4 de febrero de 1992” (2012:113). Más contundentes son las palabras del periodista y ex alcalde metropolitano, Juan Barreto, que une el 4 de febrero con el 27 como la madre al hijo:

(...) el 4F se nos presenta como un hito fundamental al interior de un tiempo largo que nos cubre a todos desde el 27F de 1989 [...] “El propio camarada Chávez lo ha reconocido una y otra vez, al afirmar que ‘el 4F es hijo del 27F una fecha parida de la tristeza, el descontento y la rebelión de un pueblo’ [...] La piel de esas fechas quedó tatuada en rojo en las aceras y en las calles de los barrios caraqueños, al hacer de su dolor un registro y una memoria. Hace carne y piel con la nueva subjetividad política de los tiempos que corren y es parte del discurso fundacional que hace inteligible nuestro proceso (2012:90-93).

Así, políticamente, El Caracazo funcionó como mito fundacional del momento histórico bolivariano. Los revolucionarios chavistas se imaginan hijos de El Caracazo, en cuanto, sacudón social protagonizado por los pobres de Venezuela, el pueblo oprimido y explotado que, según el discurso chavista, fue la razón de ser del golpe de Estado liderado por Chávez el 4 de febrero de 1992 y de todo el proceso bolivariano llevado a cabo a partir de 1998. Sin lugar a dudas, los acontecimientos del 27 de febrero de 1989, abrieron la posibilidad de imaginar la nación¹¹ desde dos momentos sociales distintos, un antes y un después en lo histórico, lo social, lo político, lo económico y lo cultural a partir del crecimiento acelerado de la violencia en Venezuela¹².

¹¹ Benedict Anderson (1993) explica el concepto de “nación” como “comunidad imaginada” de la siguiente manera: “Así pues, con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de nación: una comunidad política imaginada como inherente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. [...] ...se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (23-25).

¹² El 10 de abril de 2014, el diario *El Nacional* publicó un artículo titulado “Venezuela es el segundo país con más homicidio en el mundo”. La información utilizó como fuente el Informe Anual elaborado por la Oficina de Naciones Unidas (ONU) contra la Droga y el Delito en el continente. El informe señala que Venezuela “[E]s el único país de Sudamérica cuya tasa de homicidio ha aumentado consistentemente desde 1995”. Por el otro lado, las últimas cifras del gobierno indican que en el años 2013 se cometieron 39 homicidios por cada 100.000 habitantes; y para Roberto Briceño-León director del Observatorio Venezolano de Violencia “[L]as muertes violentas continúan aumentando (...) cerraremos el año con un estimado conservador de 24,763 muertes violentas en el país y una tasa igualmente conservadora de 79 fallecidos por cada 100 mil habitantes” (2014: en línea). Más allá de la disparidad de las cifras que se ofrecen a la opinión pública sobre los índices de criminalidad en Venezuela, todas las opiniones coinciden en el aumento acelerado de homicidios que ha experimentado la nación en los últimos 15 años.





Aunque la presencia del tema de la violencia en la literatura venezolana ha tenido distintos matices y relaciones, las obras que propiamente se pueden clasificar como “narrativas de la violencia”, hacen del binomio violencia-política el pivote que soporta el mundo ficcional que construyen. Esta idea supone que para hablar hoy de la violencia en Venezuela, desde la literatura o las Ciencias Sociales, se tendría que pasar necesariamente por el tamiz del estallido social de 1989.

Las imágenes de la violencia que transforman el paisaje urbano en un espacio amenazador, siniestro, fatal, apocalíptico, donde todos los ciudadanos se convierten en “víctimas en potencia”, funcionan también como los recursos literarios que le dan soporte discursivo a las “nuevas” representaciones de la violencia en Venezuela.

El Caracazo: una lectura política y social

La violencia, en sus distintas tipologías, está representada en una amplia gama de obras artísticas venezolanas. Ensayos, fotografías, cuentos, poemas, crónicas, pinturas, novelas y textos dramáticos dan cuenta de la preocupación de los artistas y escritores por retratar la realidad venezolana a través de la realidad venezolana atravesada por la violencia. Como señala la crítica de arte venezolano Jenny Guerrero (2009):

Podría afirmarse que *lo nacional*, en el arte no sólo está conformado de íconos como los héroes, los símbolos patrios, el cerro “El Ávila”, la selva amazónica, los paisajes andinos, entre otros, sino también de los que somos ahora en el presente, incluyendo en ese presente lo negativo, por lo tanto, también la violencia forma parte de nuestra realidad nacional y no es descabellado, afirmar que el arte pueda representarla como un reflejo de lo que es Venezuela (153).

El tema de la violencia, entonces, forma parte de esa amplia iconografía y está presente en una amplia gama de productos culturales. Sin embargo, como subraya Guerrero, en la historia nacional más reciente ella ocupa un papel protagónico. Dentro de los antecedentes históricos que han hecho posible el lugar preponderante que ocupa la violencia en la construcción artística contemporánea, para Guerrero se destaca El Caracazo:





Del desencanto se pasó a la rabia expresada en las calles a través del denominado *Caracazo* del 27 de febrero de 1989. Esto marcó una suerte de precedente en la historia contemporánea de Venezuela, porque a partir de entonces la violencia, se convirtió en la manera en que la población, y específicamente los sectores populares, expresaban su descontento y su sentimiento de frustración por no encontrarle solución a las cosas tan elementales como la falta de agua, o a los problemas más graves como la muerte de un familiar o vecino a causa de la delincuencia (152).

Según las consideraciones que hace Guerrero, a partir de El Caracazo, la violencia se convirtió en una marca sociológica a través de la cual los ciudadanos resuelven sus conflictos sociales y psicológicos. Las escenas diarias de protestas de toda índole, pero también los ajustes de cuentas y la criminalidad, conformarían parte de los rasgos que definen ese nuevo rostro de la violencia que emergió al calor de los hechos del 27 de febrero.

Entre las obras que representan El Caracazo ligado al tema de la violencia actual y que sirven también de antecedente literario a esta investigación, se encuentra el libro de crónicas *Salsa y control* (1996), donde José Roberto Duque propone al 27 de febrero como el momento de irrupción de la actual violencia urbana venezolana. Tal pareciera que el escritor y periodista a través de los relatos que componen el texto quisiera mostrar que la violencia social tiene sus ejes causales en la violencia urbana que acontece, sobre todo, en las barriadas caraqueñas. Así se puede observar en la crónica “Otra noche de línea de gente que corre”:

Esta noche Elisa ha vuelto a abrir la ventana, a encender la luz de la habitación-garita, Extranjero porque en la calle estremecida retumban dos noticias que destilan alegría: que la ciudad –ese espejismo fabuloso que baja del cerro y se pierde más allá del cerro y su neblina cerrada– es una revuelta gigantesca contra el gobierno; que Fabricio finalmente ha mordido el polvo, traspasado por quién sabe cuántos plomos vomitados por la rabia de Julito y otro tipo a quien Dios cuide, y Elisa tiembla de gozo sacando una cuenta: a lo mejor veinte balazos, quizás treinta y cinco” (92).

Resalta la idea política de que El Caracazo fue una “revuelta contra el gobierno”, es decir, la voz narrativa identifica en la violencia social una manifestación del pueblo en contra del poder gubernamental. Por otro lado, la “alegría” de Elisa implica el “gozo” por haber logrado la justicia que las instituciones le niegan. El crimen,





en este sentido, evidencia la ruptura con el contrato social que permitía a los ciudadanos mantener la fe en el sistema de justicia. Ante el fracaso del control social del Estado, a personajes como Elisa sólo les queda confiar en una justicia divina que haga que un Fabricio muera con “veinte balazos, quizás treinta y cinco”: “Doble razón para estar feliz. ‘A veces hay justicia’, su ventana vuelve a ser espectador-mirador: por el callejón sube una turba multicolor cargada de aparatos de todos los tamaños (*Ibid.*). La idea del “pueblo-espectador” que mira la violencia y no sabe “qué-vaina-está-pasando”, resulta importante porque muestra la cara de una violencia naturalizada en la gente de los barrios, los barrieros¹³, que no resulta extraña a los ojos del espectador. Sin embargo, desde la construcción que hace Duque, El Caracazo, pareciera haber cambiado la manera de percibir la violencia en el barrio. Dice “El Extranjero”, uno de los personajes creados por Duque: “Después de aquello, las noches siguen siendo ardua vigilia, hiriente *amenaza...* todo caminante nocturno se siente observado y ya Elisa no tiene momentos de calma” (91). La violencia se instaura, no sólo como amenaza del otro que mira, sino también de alguien que siente que es mirado, amenazado. El miedo, como deriva psicosocial de la violencia, se convierte en un estatuto común entre unos y otros¹⁴. Si se toma en consideración que Duque publica esta obra en 1996, es decir, siete años después de El Caracazo, podría inferirse que su visión *a posteriori* de los acontecimientos del 27 de febrero de 1989, está condicionada por el incremento que tuvo la violencia después de 1989¹⁵.

¹³ Alejandro Moreno, describe el nacimiento del barrio de la siguiente manera: “Nació la vecindad, la comunidad de convivientes. La llamaron barrio. No fueron más campesinos pero tampoco ciudadanos. Fueron ¿qué?, ¿barrieros? No tuvieron apelativo propio” (2013/7).

¹⁴ Para Zygmunt Bauman el miedo y el mal (como violencia) comparten un mismo estatuto sociocultural: “Mal y miedo son gemelos siameses. Es imposible encontrarse con uno sin encontrarse al mismo tiempo con el otro. Quizá sean, incluso, dos nombres distintos para una misma experiencia: uno de ellos se refiere a lo que vemos u oímos y el otro a lo que sentimos, uno apunta al exterior, al mundo, y el otro al interior, hacia dentro de cada uno de nosotros. Lo que tememos es malo; lo que es malo nos produce temor” (2007:75).

¹⁵ El periodista Daniel Pardo de BBC Mundo, a través de una serie de entrevistas que hizo en enero de 2014 a varios personajes de la vida pública venezolana, hizo un breve recorrido histórico de las posibles causas de la violencia en Venezuela: La historia reciente de Venezuela sufrió un sacudón en 1983, cuando el entonces estable y confiable bolívar padeció una drástica devaluación que marcó el inicio de un largo periodo de inestabilidad económica.

«Se detuvo el sueño de los pobres de transformarse de rurales a urbanos y se trancó la movilidad social que antes había funcionado bien», le explica a BBC Mundo el activista social Jesús Torrealba.

Seis años después, el desencanto con la clase política y la frustración social, entre otras cosas, condujeron a un estallido social conocido como *el Caracazo*, una serie de jornadas de saqueos a comercios y represión policial y militar.

Muchos sitúan en ese contexto el inicio de la violencia actual. Sin embargo, en parte basados en el continuo crecimiento de las cifras de homicidios, otros estiman que el fenómeno se agravó desde el comienzo de la llamada revolución bolivariana (en línea; énfasis mío).





También en *Tiempos del incendio* (2013/2014), la obra más reciente de José Roberto Duque, éste retoma el tema de El Caracazo como “germen de un sentimiento político” que, afirma la nota editorial, “hoy guía nuestro proceso revolucionario” (7). En este texto, especie de diario confesional, construido a través de un diálogo continuo entre personajes que participaron en las “luchas” del Movimiento Estudiantil de los años 80 y que ven en El Caracazo la “coronación” de los conflictos políticos de esa década: “Porque había que prepararse para momentos graves, y esos momentos llegaron el 27 de febrero” (47). Además de los ideales marxistas-leninistas de los estudiantes, que vieron en la Revolución Cubana una razón para seguir luchando en contra de la desigualdad social, de la burguesía y la explotación, la novela señala como antecedentes de El Caracazo la creciente violencia que se había instaurado en el país en los 80:

El dato violento estaba en la calle, y no era sólo la violencia más o menos organizada de los estudiantes y algunos gremios. Si te fijas bien, te encontrarás con el diario *Últimas Noticias* inauguró en esos meses, septiembre-octubre de 1988, un cintillo en la última página que parecía la inscripción de una lápida: “El hampa con el moño suelto”. Debajo estaba la reseña del asesinato del día anterior; empezaron a ser cotidianos los asesinatos de jóvenes para robarles los zapatos deportivos. El sueldo promedio de un empleado era de 6 mil bolívares y esos zapatos podían costar entre 8 mil y 12 mil. *Eso revela que teníamos una sociedad desajustada y en vías de estallido* (39; énfasis mío).

Con estas palabras Duque quiere revestir de una carga ideológica las expresiones violentas de El Caracazo, al darles a los estudiantes un protagonismo que ningún historiador ni analista del fenómeno ha visto. Es un recurso narrativo a través del cual jala la interpretación de los hechos hacia su propia ideología (buen ejemplo de cómo la creación literaria asume un tono político con la referencia a esos acontecimientos). El Caracazo se asume en *Tiempos del incendio* como el resultado de una “sociedad desajustada”, política y socialmente¹⁶.

¹⁶ A lo que apunta esta reflexión es a comprender la relación estrecha que hay entre violencia social y violencia política. En la historia de Venezuela se pueden encontrar muchos ejemplos de esta relación. De una u otra forma, muchos de los gobiernos dictatoriales o democráticos han hecho de la violencia parte de sus estrategias políticas de dominación y control ciudadano. Pero a diferencia de otras épocas, hoy la violencia social y urbana embarga todos los espacios nacionales. Todo se ha vuelto violencia, al tal punto, que se hace difícil distinguir entre violencia política, social y urbana.





Durante El Caracazo los estudiantes “revolucionarios”, según la perspectiva de los personajes del texto de Duque, jugarán un papel protagónico paralelo a las masas que “bajaron de los cerros”: “Yulimar –relata Óscar a Mariana– tenía tu edad, carajita, cuando decidió ponerse al frente de la protesta del 27 de febrero en la avenida Lecuna, y fue una de las primeras venezolanas asesinadas ese día [...] Desde el mediodía del 27 estuvimos varios compañeros agitando a lo largo de San Agustín del Norte, avenida Lecuna” (33-82). A partir de este rol importante en los sucesos del 27 de febrero, *Tiempos del incendio* traza una línea histórica imaginaria con las rebeliones militares posteriores a El Caracazo: “Debes saber, por ejemplo, que a esos compas que apresaron ese día los soltaron el 4 de febrero de 1992, justo el día de la rebelión militar de Hugo Chávez [...] El punto era cuán necesario o recomendable era tratar de encender una candela después de apagado el gran incendio del siglo: el Caracazo” (42,84). De esta manera, la obra de Roberto Duque construye la idea de que la Revolución Bolivariana, embrionariamente, encuentra su germen en los conflictos políticos y sociales de los años 80 que se vivieron en el país. Pero como señalan los últimos versos del libro pronostica que la crisis social está lejos de haber sido resuelta: “*Volverán los antiguos incendios, / aquella luz violenta y poderosa...*” (93); que aunque “no hay gobierno más subversivo que éste” (92), la violencia seguirá latente.

Por su parte, enfocándose en las exigencias expresivas que supone la incorporación de la temática de El Caracazo en la creación ficcional, Earle Herrera en *Ficción y realidad en el Caracazo* (2011), analiza el cruce de fronteras entre el periodismo y la literatura a raíz del “estallido social” de 1989:

(...) la dimensión de los hechos, su dramatismo, interés humano y, en algunos casos, inverosimilitud, no sólo impactaron la sensibilidad de los profesionales de la prensa sino que hicieron estrechos los esquemas, normas y estructuras expresivas del periodismo objetivista. El informe escueto de lo que ocurría parecía decirles que estaban escamoteando la realidad a los lectores. La representación de ésta exigía mirar más allá de las fronteras del periodismo informativo. Si la realidad, en muchos casos, rozaba o superaba la ficción, aquélla sólo podía expresarse con los recursos de ésta, vale decir, de la literatura. *No se trataba de inventar nuevos géneros periodísticos sino de enriquecer los existentes con los aportes de la literatura, en función de una representación más fiel de la realidad y de la comunicación del drama humano más allá de lo factual* (83; énfasis mío).





La cita ilustra la densidad y complejidad significativa de la experiencia de El Caracazo que obligó a los periodistas venezolanos, que dieron cuenta de ella, a enriquecer la forma de comunicarla recurriendo a la literatura. Su propuesta, además, permite pensar que la literatura ofrece una representación de la realidad más fiel que la periodística.

El periodista venezolano centra su atención en varios textos periodísticos y literarios; por ejemplo, de “Vivir entre balas” (1990) de Elizabeth Araujo, resalta la importancia que tuvo el espacio populoso de la parroquia 23 de Enero en los acontecimientos del 27 de febrero: “La imagen que construye la periodista nos revela que el Caracazo fue particularmente violento en esta zona... devela el fondo del problema, la verdadera lucha que se libra allí día a día, que no es otra que ‘la batalla de la pobreza’. Causa y raíz de la conflictividad social y pólvora del estallido popular” (97). Así reitera las condiciones de pobreza de las mayorías venezolanas como razón de El Caracazo. La función de la literatura y del periodismo, según Herrera, estaría en “darle voz propia a los protagonistas de un hecho excepcional; de ponerlos a dialogar o a contar directamente su historia a los lectores” (102). En este sentido, sus postulados guardan relación con las teorías de los testimonialistas norteamericanos que consideraban el testimonio, la crónica y el reportaje como géneros de “urgencia” capaces de darle voz al sujeto subalterno latinoamericano. Por ejemplo, para la escritora norteamericana Margaret Randall (1992):

Las obras literarias que en los últimos años denominamos “de testimonio” –que han crecido al tiempo que se intensifica la acción revolucionaria– excluyen toda posible confusión con el ensayo, la narrativa histórica o autobiográfica. Sí poseen evidentes relaciones con el periodismo –impreso, radiado o televisado–, con el reportaje y la crónica. Pero su autor puede ser periodista o escritor, puede ser el participante, el actor principal o secundario en el hecho real que se relata, o simplemente un intermediario, para que el **testimonialista** (démosle este nombre) haga llegar sus palabras al público oyente o lector (21; negritas de la autora).

A la luz de esta explicación, “Vivir entre balas” (1990) de Elizabeth Araujo, “Yo, saqueador” (1990) de Fabricio Ojeda, “Noche de terror” (1989) de Régulo Párraga, “Fin de mundo” (1989) de José Ignacio Cabrujas y “El día que bajaron los cerros” (1989) de Roberto Giusti, son textos que asumen la escritura como una manera de testimoniar el



acontecimiento del 27 de febrero para “fabricar presente” (Ludmer, 2007) imprimiéndole al relato un “efecto de realidad”¹⁷.

En la “memoria colectiva”¹⁸, El Caracazo, es recordado como el acontecimiento histórico cuyos protagonistas fueron “los “pobres” de Venezuela”¹⁹. Un número importante de artículos, crónicas, reportajes, novelas, cuentos y poemas han contribuido, en buena medida, a configurar los imaginarios sociales, políticos, e históricos sobre El Caracazo.

Además de las crónicas y reportajes ya mencionados, Herrera analiza los textos publicados en el Papel Literario de *El Nacional* del 07 de marzo de 1989: “27F: su gran debut” (relato breve) de Carlos Noguera, “Relato” de Ángel Gustavo Infante, “Relato” de Marcos Tarre Briceño, la novela *Febrero* de Argenis Rodríguez²⁰ y el poema “Donde se avisa que las cosas están muy malas” de William Osuna. En su conjunto, estas “letras de emergencia”, como las denomina Herrera, muestran la sensibilidad que despertó El Caracazo en algunos escritores venezolanos para aquel entonces.

Aunque Earle Herrera niega su pretensión de establecer comparación entre la literatura de los años 60 y 70 con la que utiliza como referente El Caracazo, llega a afirmar que “estas letras tienen, en lo que se escribió entre 1960 y 1970, un antecedente no sólo temporal sino también temático. Ese antecedente temático, otra vez en la historia de Venezuela, es la violencia” (76). Así, el periodista y diputado lee en la literatura de El Caracazo una recuperación de la “narrativa de la violencia” que se produjo al “calor de la

¹⁷ Roland Barthes explica el “efecto de realidad” a partir de la obra de Flaubert en los siguientes términos: “...lo significado en provecho sólo del referente llega a ser el significado mismo del realismo: se produce un efecto de realidad fundamento de ese verosímil inconfesado que constituye la estética de todas las obras corrientes de la modernidad” (1970: en línea).

¹⁸ Según Paul Ricoeur, “la memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de las huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas” (1999:19). Mientras que para Sara Makowski “la memoria colectiva” aparece como un emergente de la dinámica grupal, como construcción intersubjetiva que no está exenta, desde esta perspectiva, de un carácter normativo al generar marcos de referencia para la orientación de las conductas de los actores sociales” (2002:146).

¹⁹ En la memoria histórica ha quedado representado El Caracazo como una revuelta de los más pobres, sectorizados en los barrios caraqueños. José Honorio Martínez, por ejemplo, señala: “Sin que se tratase de una revuelta política, sino de un ‘motín de hambre’ en el espacio urbano, el Estado, a través de sus Fuerzas Armadas, salió a las calles a aplastar a los manifestantes” (o.p. cit.:91). Sugiere de este modo el académico mexicano que fue por el “hambre” de los más pobres que ocurrió el estallido social de 1989.

²⁰ La novela *Febrero* de Argenis Rodríguez, por cierto, encadena la vida de Pedro un criminal, violador y sádico, a los acontecimientos de febrero de 1989. El porqué de esta relación quedará a la libre imaginación del lector, porque a primera vista parece sugerir que el delito está vinculado a las condiciones sociales de los personajes; es como si la pobreza fuera también la causa del desajuste emocional de un sujeto hasta convertirlo en un perverso sexual capaz de matar para satisfacer sus más bajos instintos.





lucha armada contra el sistema” (*Ibid.*). La diferencia sustancial entre ambas etapas históricas, según la lectura de Herrera, estriba en que el protagonista de aquella era el “guerrillero revolucionario” una violencia de sectores minoritarios organizados en contra del modelo de gobierno y, en ésta, son “las masas” las que generan una violencia social, sin objetivos claramente definidos.

Por lo tanto, por un lado, el acontecimiento histórico del 27 de febrero de 1989, está ligado inexorablemente a las condiciones políticas, sociales y económicas de entonces; y por el otro, desde el discurso político contemporáneo se ha querido ver en él la génesis de la Revolución Bolivariana, causa y razón política de la lucha por la dignificación del “pueblo soberano”. De esta manera, por una parte, la violencia se constituye en un recurso político para justificar los proyectos nacionales del presente y, por la otra, funciona como denuncia del fracaso de los ideales de modernización y de bienestar social²¹.

REFERENCIAS

- Agamben, G. (2010). *Estado de excepción*. Valencia (España): Pre-textos.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas*, México: F.C.E.
- Bajtín, M. (2005). *Estética de la creación verbal*. México: siglo XXI.
- Balibar, É. (2005). *Violencia, identidades y civilidad*. Barcelona: Gedisa.
- Barthes, R. (1970). *El efecto de realidad*. [Documento en línea]. Disponible: <http://losdependientes.com.ar/uploads/q04heo8rfq.pdf>. [Consultado: julio, 2014].

²¹ Para Beatriz González Stephan los acontecimientos de 1989, fracturaron la realidad venezolana: “[era] evidente que se abría una nueva etapa para el que antes fuera país saudito. Se cerraba el ciclo del ‘Miami nuestro’; y las fantasías de Walt Disney –donde tantos venezolanos hallaron una representación vicaria y no menos alienada de su realidad– así como los efectos de una democracia sostenida precariamente por los dictámenes de la irracionalidad capitalista se vieron agresivamente resquebrajados para dar paso a la otra Venezuela, que se mantuvo al margen tanto de la bonanza fácil como olvidada de la promesas sociales que un estado populista ofrecía reiteradamente tan sólo para perpetuarse en el poder” (1990:237).





- Bauman, Zygmunt (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Beverley, J. (2004). *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana.
- Briceño-León, R. (2007). *Violencia urbana en América Latina: un modelo sociológico de explicación*. En: *Espacio abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*. N° 2, Vol. 16 (julio-septiembre 2007); pp. 541-574.
- Briceño-León, R. et al (2012). *Violencia e institucionalidad. Informe del Observatorio Venezolano de Violencia 2012*. Caracas: Editorial Alfa.
- Briceño-León, R. et al (2014). *Venezuela y Honduras disputan cifras de violencia*. [Documento en línea]. Disponible: <http://observatoriodeviolencia.org.ve/ws/venezuela-y-honduras-disputan-cifras-de-violencia/>. [Consultado: octubre, 2014].
- Buvinic, M. et al (2002). "La violencia en América Latina y el Caribe": Carrión, Fernando. *Seguridad ciudadana. ¿Espejismo o realidad?* Quito: FLACSO; pp. 59-107.
- Carrión, F. (coord.) (2002). "De la violencia urbana a la convivencia ciudadana". En: Carrión, Fernando. *Seguridad ciudadana ¿espejismo o realidad?* Ecuador: FLACSO.
- Del Olmo, R. (2000). *Ciudades duras y violencia urbana*. En: *Nueva Sociedad*. N° 167, (Mayo-Junio) Caracas: Nueva Sociedad.
- Dorfman, A. (1997). "La violencia en la novela hispanoamericana actual". En: Sosnowski, Saul (comp.). *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundacionales*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Duque, J. (1996). *Salsa y control*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Duque, J. (2014). *Tiempos del incendio*. Caracas: El perro y la rana.
- Foucault, M. (1970). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Guerrero, J. (2009). "La violencia como representación de "lo nacional" en el arte venezolano de la década de los 90". En: *Presente y pasado. Revista de Historia*. N° 27. (enero-junio 2009). Año 14. Caracas; pp. 154-160.
- Herrera, E. (2011). *Ficción y realidad en el caracazo. Periodismo, literatura y violencia*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Anagrama.
- Makowski, S. (2002). "Entre la bruma de la memoria. Trauma, Sujeto y narración". En: *Perfiles latinoamericanos. Revista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales*. N° 21; pp. 43-158.





- Malaver, R. (2012). "El 4F amanecí de bala". En: *Un día para siempre. Treinta y tres ensayos sobre el 4F*. Caracas: Colección 4F; pp 113-115.
- Martínez, J. (2008). *Causas e interpretaciones del Caracazo*. En: *Haol*. N° 16, (primavera 2008); pp. 85-92.
- Monsiváis, C. (1998). "La violencia urbana". En: Sánchez Vázquez, Adolfo. *El mundo de la violencia*. México: Fondo de Cultura Económica: 275-280.
- Montaldo, G. (2001). *Teoría crítica, teoría cultural*. Caracas: Equinoccio.
- Moreno, A. (2013). "Comunidad de convivientes". En: *El Nacional*. Caracas, 05 de marzo; Opinión/7.
- Morrison, A. et al (2005). "América violenta: factores de riesgo, consecuencias e implicaciones para las políticas sobre la violencia social y doméstica". En: Frühling, Hugo y Tulchin, Joseph (edit.). *Crimen y violencia en América Latina*. Bogotá: F.C.E.
- Platt, T. (1992). "La violencia como concepto descriptivo y polémico". En: *Pensar la violencia. Perspectivas filosóficas, históricas, psicológicas y sociológicas*. N° 132. (Junio 1992); Unesco; pp. 173-180.
- Randall, M. (1992). "¿Qué es y cómo se hace un testimonio?". En: *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, John Beverley y Hugo Achugar (comps.) Lima – Pitts burgh: Latinoamericana Editores; pp. 21-45.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- Rodríguez, O. (1998). "Violencia social (un intento conceptual para el México actual)". En: Sánchez Vázquez, Adolfo. *El mundo de la violencia*. México: F.C.E.; pp. 93-105.
- Romano, I. et al (2005). *El ranking de la violencia en América Latina. Una de las regiones más violentas del planeta*. Buenos Aires: Fundación Fundar.
- Rotker, S. (ed.) (2000). *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Sánchez Vázquez, A. (1998). "Presentación". En: Sánchez Vázquez, Adolfo. *El mundo de la violencia*. México: Fondo de Cultura Económica; pp. 9-12.
- Sarlo, B. (2010). *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI. Silva, Alejandrina (2006). "La cultura de la violencia: la transgresión y el miedo de los adolescentes". En: *Fermentum*. N° 47, (2006); pp. 664-674.
- Vázquez Lezama, P. (2012). "El Caracazo (1989) y la tragedia (1999). Economía moral e instrumentalización política del saqueo en Venezuela". En: *Cuadernos unimetanos*. N° 30, (Julio 2012), pp. 5-15.



RESUMEN CURRICULAR

Ivonne De Freitas Gouveía



Profesora Ordinaria de la Universidad Simón Bolívar (Caracas), adscrita al Departamento de Lengua y Literatura. Magisteren Literatura Latinoamericana por la Universidad Simón Bolívar (USB). Licenciada en Educación Mención Filosofía por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Entre sus trabajos, se tiene la ponencia: “Los hijos de El Caracazo: representaciones de la violencia social y urbana en *La última vez* de Héctor Bujanda”. II Simposio Internacional “Anormales”.- Entre los discursos políticos y lo real: el devenir animal de los discursos y las instituciones, la ausencia de lugares, lo informe. (Universidad de los Andes, Mérida, del 28 al 30 de mayo de 2014)
